

DE BUENAS LETRAS

# El campanero desahuciado

WENCESLAO-CARLOS LOZANO  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**E**xpulsado sin contemplaciones de la morada parisina de la Theotokos una apacible tarde de lunes santo mientras ella era procesionada con fervor por todo el orbe católico... Dicho a la pata la llana: ¡Vaya por Dios!, nuestra Señora emprende su gira ecuménica anual, deja la casa en obras a cargo de unos ineptos y un incendio se propaga por el emblemático monumento a la misma velocidad que su visionado a escala global, dejándonos abrumados y cariacontecidos.

Recluido en mi cámara a resguardo del barullo procesional, se me agolparon recuerdos parisinos juveniles por segunda vez en el día, tras una noticia matinal sobre la actual inseguridad y suciedad de barrios y calles concretas parisinas en los que fui plenamente feliz. En efecto, ¿cómo no recordar ante tamaña catástrofe aquellos catedrales conciertos de órgano, misas gregorianas y coros de réquiems que siguen resonando dentro de mí como vivencias espirituales y musicales de primera magnitud? En el transcurso de una sola jornada, todo un cú-

mulo de reflexiones encontradas sobre un pasado risueño y un presente aciago.

No es nostalgia. Lo primero que impulsa a uno a escribir sobre esto es la pesadumbre por tan desmesurado estropicio cultural. Desde luego, algún consuelo de tonto se halla en conocer la serie de catedrales destruidas en medio mundo y renacidas de sus cenizas. Como casi todas las demás, también esta resucitará en todo su esplendor. Pero tras ello pone uno mientes en la situación humanitario-literaria en que han quedado sus okupas de pleno derecho: el campanero más icónico de la literatura universal, Quasimodo, y la Esmeralda de sus entretelas. Porque quede esto claro para quien lo leyere: si bien no ha habido que lamentar víctimas mortales gracias a una providencial conjunción de eficacia divina y humana, si las ha habido morales. Por delante, el mundo civilizado sin distinción de credos, y luego estos dos entrañables fantasmas que se han quedado sin techo hasta vaya uno a saber cuándo. Porque nadie con un algo de sensibilidad lectora ha podido jamás, hasta esta

fecha fatídica, contemplar desde la explanada las torres de la catedral sin preguntarse azorosamente: ¿por qué zona del «bosque» –así llamado el almacén medieval de 1.300 vigas de roble macizo que sostenía toda la cubierta– estarán ahora mismo vagando estos dos elementos?

Hoy más que nunca es de justicia recordar que el jorobado de Notre-Dame fue quien, como protagonista de la obra maestra de Víctor Hugo, salvó la catedral de los dislates que se estaban cometiendo por entonces para su presunta restauración, no solo tras las barbaridades cometidas por los revolucionarios de 1789 sino desde bastante antes, en tiempos de Luis XIV en que fueron destruidos sepulcros y vidrieras y fue modificada buena parte de su ornamentación para adaptar el templo al gusto barroco imperante.

El éxito arrollador de ‘Nuestra Señora de París’ a partir de 1831 propició un movimiento imparitable a favor de la preservación del patrimonio medieval francés –que estaba siendo sistemáticamente demolido por mor de una modernidad mal entendida–, encumbriendo tardíamente en el país ese estilo neogótico nacido un siglo atrás pero que tantas joyas arquitectónicas produjo posteriormente en él, y condujo a que por fin en 1843 se pusiera en marcha un concurso en el que participaron prestigiosos arquitectos y, felizmente, se encargara a Lassus y a Violletle-Duc la restauración de Notre-Dame con los soberbios resultados conocidos hasta esa infausta tarde del 15 de abril de 2019.

Al día siguiente ya se habían recaudado cerca de mil millones para su restauración. Ojalá tan generosos donantes hagan pronto otro tanto con ‘Los miserables’.